

los grandes impulsores del arte de la memotecnia, la máquina de la memoria es como la construcción renacentista del teatro de la memoria de Giulio Camillo; una invención fabulosa de símbolos cambiantes en la que los que se aventuran terminan inexorablemente conducidos a la locura y la autodestrucción.

La pesadilla y la liberación de no saber quiénes somos, el espacio y el tiempo y su interrelación en la memoria, el olvido que puede ser una reescritura, la memoria que puede ser un palimpsesto, la conciencia de existir por medio del recuerdo aunque este sea variable y en ocasiones no se parezca en nada al estímulo original, son algunas de las reflexiones que esta novela de suspense de Pablo de Santis pone en juego en torno a esta trama científico policial que continúa y ensancha la rica tradición de la literatura fantástica argentina.

El sueño de la historia, Jorge Edwards, Tusquets editores, Barcelona, 2000, 412 pp.

Quizás porque la historia es, como afirmaba Chateaubriand, «la repetición de los mismos hechos aplicados a hombres y a épocas diversas», es lógico que todo el que tiene la fortuna o la desgracia de vivir una larga existencia llegue a sentir en determinado momento que

la tierra está dando vueltas sobre su eje ¿qué no ocurrirá con el novelista que se propone recrear ya no los clásicos cien años de soledad latinoamericana sino los últimos tres siglos de sucesos y convulsiones políticas de la historia de su país? Este es el caso de Jorge Edwards en *El sueño de la historia* en donde la vida de dos personajes, que supuestamente han vivido situaciones semejantes en tiempos diferentes, permiten sugerir al autor que la historia de Chile ha sido siempre la misma: la de un país intolerante dividido en corrientes contrapuestas.

Joaquín Toesca y Ricci, arquitecto italiano traído a la lejana colonia de Santiago de Extremadura por las autoridades virreinales para terminar la construcción de la catedral y levantar la Casa de la Moneda, y un escritor anónimo y bohemio designado en la novela como el narrador, que ha regresado al Chile de la dictadura para no vivir desconectado en el exilio, son los personajes escogidos por Edwards para tejer su fábula que, en capítulos alternados, avanza de manera paralela entre las calles de un Santiago amordazado por la dictadura y dividido en corrientes fratricidas, y los claustros y conventos de un estado colonial dominado por la Inquisición en el que las luces de la Ilustración pugnan por romper la oscuridad por medio de reuniones clandestinas y

de lecturas prohibidas de Rousseau y Montesquieu que circulan camufladas en misales.

El suceso que vincula a Toesca y al narrador chileno se produce de manera fortuita. El narrador alquila un vetusto apartamento lleno de papeles viejos en el centro de Santiago para escapar a la frivolidad y las suspicacias de su familia de clase alta que ve en todas partes enemigos del régimen y entre los legajos abandonados que ha dejado el antiguo inquilino del piso encuentra las hojas originales de un proceso de nulidad de matrimonio adelantado ante el obispo de Santiago de Extremadura por Joaquín Toesca hacia fines de 1700 en el que se narra la atormentada vida sentimental que llevó el arquitecto italiano al tiempo que levantaba los muros del emblemático Palacio de la Moneda y, de inmediato, siente que entre su vida y la de Joaquín Toesca existen una serie de semejanzas que lo hacen identificarse con el personaje del siglo XVIII.

Desde ese momento la novela se convierte en un contrapunteo entre la historia del siglo de las luces y la del siglo XX a través de la vida del narrador chileno y la de Toesca, que tienen como punto de encuentro el simbólico Palacio de la Moneda pero, pese a los esfuerzos del narrador por hacer palpables las vinculaciones plutarquianas entre las «vidas paralelas» de sus personajes,

lo cierto es que su relación nunca llega a ser del todo clara.

El narrador chileno es un profesor universitario casado con una alumna suya militante fervorosa de izquierda que, ante los sucesos de la revolución cubana y de la Primavera de Praga que tiene la oportunidad de vivir de cerca, se va separando cada vez más del sueño de una revolución socialista universal en el que, sin embargo, sigue creyendo a pies juntillas su esposa dogmática, hasta que su matrimonio termina siendo truncado por la ideología. Joaquín Toesca, por su parte, es un hombre indeciso que vive abstraído en sus proyectos arquitectónicos y, aunque no está muy de acuerdo con el régimen colonial, no se atreve a tomar parte por las nuevas ideas de la Ilustración. Víctima de los desafueros e intemperancias amorosas de su joven esposa Manuelita Fernández de Rebolledo, permite que los esbirros de la Inquisición la internen en conventos de clausura donde es sometida a la moral de la época por medio de la vejación y la tortura.

Es cierto que Toesca y el narrador chileno llevan una vida sentimental atormentada y que los dos poseen un carácter timorato y dubitativo que les impide tomar claro partido por cualquiera de las corrientes enfrentadas en su época pero éstas son relaciones muy frágiles para pensar que sus existencias puedan ser consideradas paralelas, a menos